dejando la litera en que venia, montó en un landó de aquellos señores, y en medio de la que ya entónces era numerosa cómitiva de á caballo, entró velozmante por la ancha calle principal, y se detuvo en la casa del Sr. Tornel. Al bajarse del coche se agrupó al derredor una multitud de pueblo curioso, á la que algun adulador importuno escitó á que prorumpiese en vivas al *ilustre general Santa-Anna, al héroe de Tampico, al libertador de México.* Muy difícil seria describir la amarga impresion causada por tan reprobables aplausos, que mas bien eran sarcasmos en aquella situacion.

La oficialidad de la pequeña brigada que mandaba el general Leon, compuesta de las tropas que habian levantado en el Estado de Oajaca, se presentó esa noche á cumplimentar al general Santa-Anna, quien desde entónces se ocupó activamente en aumentar en lo posible aquellas fuerzas, y se fijó en permanecer en la ciudad miéntras lo permitiesen las circunstancias, á fin de que fuese el punto de reunion de todos los dispersos de Cerro-Gordo, los cuales en efecto ocurrieron allí sucesivamente, á escepcion de la caballería, á la que se le dió órden de dirigirse á San Andres Chalchicomula, y de varios generales y oficiales que con escándalo de la nacion se presentaron en México en aquellos dias, y no se incorporaron á las filas que habian abandonado, sino hasta la venida del ejército á la capital.

Los que no pertenecian á él, dejaron á Orizava dos dias despues de su llegada, y al ascender las elevadas cumbres de Aculzingo, dejando allá abajo aquella costa donde habian presenciado tanto infortunio, les parecia que veian doblarse la hoja mas lúgubre de nuestra historia.

CAPITULO XII.

Retirada de la caballeria—Abandono de Perote y la Olla—Puebla y Amozoc.

La desgraciada accion de Cerro-Gordo, no solo causó la derrota material que con tanto sentimiento hemos procurado describir en el capítulo precedente, sino que destruyó de una manera notable el ánimo de las tropas que habian escapado del desastre.

Miéntras el general Santa-Anna se dirigió á Orizava, el general Canalizo siguió su retirada con direccion á la capital. En la Banderilla dirigió un parte al supremo gobierno, comunicándole el desastre de Cerro-Gordo, y continuó precipitadamente para adelante. En Perote no se detuvo ni el tiempo necesario para estraer algunos depósitos de vertuario y armas pertenecientes al ejército, ni para salvar algunas de las piezas de artillería; y unos cajones de tabaco que estaban allí depositados, y que probablemente pertenecian á las administraciones cercanas, fueron tomados por los soldados. La fortaleza, cuando pasó el teniente coronel Robles, que fué uno de los últimos que se retiraron del campo de Cerro-Gordo, estaba completamente sola.

Despues de Cerro-Gordo hay otro punto en el camino de Veracruz, que segun la opinion de personas inteligentes, es á propósito para una defensa. La operacion militar que se creyó practicable, era el reu-

nir los restos del ejército de Cerro–Gordo, aumentarlo y reorganizarlo de la mejor manera posible, y oponer al enemigo un segundo obstáculo; pero léjos de eso, el aturdimiento y la desmoralizacion crecieron, y el punto de la Olla, que estaba encomendado al general D. Gregorio Gomez, fué abandonado, inutilizándose algunas piezas de artillería, que aun en el último estremo podian haberse conducido á Puebla ó México.

El general Canalizo por su parte no tomó ninguna medida, y continuó con los restos de la caballería su retirada hasta Puebla.

Entre tanto, los dispersos del ejército, sabiendo que el general Santa–Anna, á quien por unos dias se le supuso en México muerto ó en poder de los enemigos, habia llegado á Orizava, se dirigieron á ese punto. A la caballería del Sr. Canalizo, que se hallaba en Puebla, se le dió órden de situarse en San Andres Chalchicomula, como en efecto lo verificó. Con los restos de la infantería se formaron en Orizava dos batallones con la fuerza de quinientos hombres cada uno, denominados Mixto de Santa–Anna y 4.° ligero. A esta fuerza debe añadirse la brigada de Oajaca que estaba al mando del general D. Antonio Leon, la que contaba cosa de otros mil hombres con dos piezas de á seis sin armon y sin la dotacion competente de cartuchos para servirlas. El general Santa–Anna trabajó en la reorganizacion de la fuerza; pero á pesar de todo no pudo reunir mas de cuatro mil hombres, faltos de vestido y de municiones, y sin aquella energía y ánimo que es tan esencial en el soldado.

Los americanos, por su parte, recogieron del campo de Cerro–Gordo sus heridos, y establecieron sus hospitales en Jalapa, y pocos dias despues, miéntras el general Santa–Anna se ocupaba, como hemos dicho, en reforzar y aumentar sus fuerzas, estendieron su línea ocupando Perote, donde establecieron otro hospital, y Tepeyahualco, donde formaron un campo atrincherado, á las órdenes del coronel Garland.

Los americanos, que creian á Santa–Anna nulificado para siempre, y que no se imaginaban que en mucho tiempo pudiera reunirse una fuerza respetable del ejército, no se sorprendieron poco al saber que si bien la desgracia y el cúmulo de circunstancias que se ha referido, nos habian obligado á sucumbir, bajo el punto de vista de la constancia y de la tenacidad éramos muy parecidos á nuestros antesados los españoles. La casualidad habia colocado al general Santa–Anna en ua magnífica posicion estratégica, pues era claro que en caso de que los enemigos se movieran de sus posiciones, las fuerzas de aquel flanqueaban la carretera principal, teniendo situada la infantería en Orizava y la caballería en San Andres Chalchicomula. Sea que el plan de los americanos fuera el aguardar nuevas instrucciones de los Estados–Unidos, sea que la posicion que ocupaba el general Santa–Anna les hiciese detenerse en sus resoluciones de marcha, lo cierto es que permanecieron en la inaccion veinte dias, limitándose solo á guardar los puntos que hemos indicado, y á hacer en los límites del territorio que ocupaban pequeñas escursiones, para evitar que los guerrilleros, que despues de la accion de Cerro–Gordo se comenzaron á formar, hiciesen daños á sus caballadas y correos.

Pero el general Santa–Anna, que de hecho ocupaba una posicion muy importante en Orizava, creyó que era vergonzoso el permanecer en la inaccion, y se dispuso á salir de allí y avanzar á Puebla, donde creyó encontrar recursos de dinero, municiones, armas y hombres, para defender por segunda vez el paso á la capital de la República. En efecto, cediendo á estas creencias, y no pudiéndose conformar con una actitud pasiva, el 12 de Mayo se dió la órden de marcha para Puebla, verificando inmediatamente su salida la brigada del general Leon. El 13 marchó la del general Perez, y el 14 la caballería de San Andres Chalchicomula, al mando del general D. Lino Alcorta, quien trabajó particularmente en reorganizar los cuerpos de esta arma.

La infantería siguió el derrotero de las cumbres de Aculcingo, Cañada de Ixtápan, Amozoc y Puebla, y la caballería, marchando hácia el Palmar desde Chalchicomula, siguió luego la misma ruta, cubriendo la retaguardia de la infantería. Despues de cuatro dias de marcha, llegó la division á Puebla, seguida del general Santa–Anna con su estado mayor.

Al saber los americanos este movimiento, se pusieron tambien en marcha por brigadas en el órden en que estaban escalonados, de manera que solo habia una jornada de intermedio entre las tropas de la República y las de los Estados–Unidos del Norte.

Puebla guardaba una situacion especial, y que nos seria dificil el

describir esactamente. La noticia del desastre de Cerro-Gordo, plenamente confirmada con la llegada de la destrozada caballería del general Canalizo, produjo un profundo dolor y un amargo desaliento. Los habitantes esperaban que de un momento á otro los americanos ocuparan la ciudad, en que no habia preparativos para la defensa, y donde reinaban el desaliento y el terror. De improviso, se puede decir, se presentó la vanguardia del general Santa-Anna, y decimos de improviso, porque muchos creian firmemente que ni aun se habia movido de Orizava. Apenas acababan de entrar las tropas mexicanas, cuando se difundió la noticia de que muy inmediatamente las seguia la brigada del general Worth, que se habia movido de Jalapa con grandes trenes y preparativos. Estos sucesos causaron una agitacion grande en todas las clases de la sociedad de Puebla, y la verdad histórica nos obliga á decir que se notaba un desconcierto y un espanto general.

Luego que llegó el general Santa-Anna, que fué alojado en el palacio del gobernador, trató de tomar algunas medidas. Una de ellas fué la de exigir caballos violentamente, con el fin de remontar la caballería, que en efecto estaba en un estado deplorable. Las circunstancias de la guerra justifican esta clase de medidas; pero los ejecutores hicieron ésta odiosa con su conducta. Si hacemos mencion de circunstancia tan insignificante, es solo porque no dejó de influir en acabar de enagenar á los restos del infortunado ejército de Cerro-Gordo las simpatías de la poblacion. Otra de las medidas que ejecutivamente dictó el general Santa-Anna, fué la de exigir un préstamo de treinta mil pesos, de los que solo recibió diez mil.—El señor obispo Vazquez, cuya conducta, así como la de todo su clero, estuvo muy léjos de ser la que dictaban el patriotismo y la dignidad, tomó el partido de marcharse á su casa de campo, situada á poca distancia de Puebla. La máxima del Sr. Vazquez era, que la Iglesia en ningun caso debia ni prestar ni dar ni aun la mas pequeña parte de sus bienes. En esta regla fué inflexible, y no se separó jamas de ella. Cuando volvió á Puebla, despues de la entrada de los americanos, obró tambien de una manera que fué geralmente mal vista.

Despues de ejecutadas las medidas que acababamos de referir, el general Santa-Anna reunió una junta para determinar el plan de ope-

raciones que debia seguirse, inclinándose á que se hiciera una defensa en Puebla. El Lic. D. Rafael Inzunza, que era entónces gobernador, manifestó que carecia absolutamente de elementos, pues cuatro piezas de artillería y cosa de tres mil fusiles que pertenecian al Estado, se habian perdido en Cerro-Gordo, y que sin armas, sin municiones, y escasa la tesorería de recursos, no podria esperarse resultado ninguno favorable. Pero lo que mas contribuyó á que no se hiciese defensa alguna, fué la apatía y el temor que se habia apoderado de los habitantes. Puebla, que por el arrojo que habia mostrado en las discordias civiles, se habia grangeado la reputacion de la ciudad mas belicosa de la República; Puebla, que en el año de 844 hizo frente sola á un éjército numeroso y florido, adquiriendo el dictado de invicta, desmintió en el dia en que mas se necesitaba de su esfuerzo su antigua reputacion, y no pensó en defenderse de los invasores. Léjos de cobrar ánimo con las tropas de Santa-Anna, deseaba que desocupasen la plaza, y las consideraba como un pararayo que atrae la tempestad.

A las once de la noche del dia 19, un mozo situado en la posta de Amozoc por la casa de diligencias, condujo un pliego cerrado, que contenia la intimacion del general Worth, y las promesas de respetar la ciudad y á sus habitantes, si las tropas del Norte eran recibidas de una manera pacífica.

El general Santa-Anna dispone el dia 20 la salida de la infantería con direccion á San Martin Tesmelúcan; sitúa dos mil caballos en la garita de Amozoc, por la cual deberian entrar los americanos; y guiado por los informes, sin duda falsos, de un espía, se alucina con la idea de poder sorprender á una seccion de mil americanos, que se aseguró venia en el mayor desórden por el camino de Nopalúcan.

Manda, pues, el general formar en columna por escuadrones la caballería; ordena disminuir el frente por compañías, y á las ocho de la mañana del dia 21 se emprende la marcha para buscar realmente á la fortuna, que constantemente habia en todos los lances abandonado á los generales y á las armas de la República.

En la altura de Chachapa, desde la cual se descubre el pueblo de Amozoc, nuestra caballería se enteró de que habia sido mal condu-

cida por el guia, y se encontró de repente á la vista de la gruesa division de vanguardia de los enemigos.

Veloz y prevenida ésta, sale á formar un semicírculo, defendida por la fortificacion pasagera que les ofrecian unos cercados y las zanjas de las labores, y apoya su línea de batalla con doce piezas de artillería. En este momento el general Santa-Anna manda desfilar por la izquierda, disminuyendo el frente de á dos; toma la altura del pueblo la cabeza de la columna: la retaguardia venia á una legua, por lo prolongado de este desfile. El todo de ella formaba una S á tiro de pistola de los soldados enemigos, que ceñian el pueblo como una faja azul por el color de sus uniformes. Los que se habia intentado acuchillar, ya estaban incorporados una hora hacia á sus compañeros, porque emprendieron su marcha desde las siete de la noche anterior y anduvieron diez leguas durante ella: resultó, pues, que nuestras tropas fueron las sorprendidas, cuando comprometidas en un desfiladero, á tiro de pistola, empezaron á sufrir un vivísimo fuego de cañon, que no podian contestar, porque pasaban desfilando con dificultad, y de uno á uno, por delante de una batería de doce cañones. En consecuencia, tuvieron que regresar por la falda de la Malinche, internándose en un bosque lleno de barrancos y ramajes, que lo hacian inaccesible, devorados de sed y muertos de cansancio. Despues de haber andado nueve leguas en el óvalo descrito, llegaron como á las cinco de la tarde á Puebla, fatigados, entristecidos, y con algunos compañeros de ménos.

En la garita habia, aguardando el resultado de la operacion que acabamos de bosquejar ligeramente, multitud de populacho. El regreso de la tropa, la presencia del general Santa-Anna, y el aspecto de algunos dragones heridos, anima por un momento los corazones: la indiferencia de la víspera es reemplazada por un vehemente patriotismo, y prorumpen en gritos de *Viva Puebla—viva el general Santa-Anna—mueran los enemigos—muerte á los yankees—vengan armas para combatir.*

El general Santa-Anna les dirige algunas palabras; toma por calles escusadas, y muy en breve se halla en la carretera que conduce á México, precedido de la infantería y seguido de la caballería.

El populacho de Puebla continúa gritando frenético; no encuentra

ya objeto, y repentinamente, á falta de enemigo á quien combatir, se precipita á la Alameda, que es un primoroso y ameno vergel: comienza á arrancar los rosales, á derribar los curiosos balaustrados, á destruirlo todo, y habria arrancado de raiz todos los árboles, á no haber intervenido prudentemente las autoridades locales.

Al dia siguiente una comision del ayuntamiento salió á Chachapa á recibir al general Worth, y á pactar las garantías que debian acordarse á la sumisa poblacion.

El dia 25 verificaron su entrada las fuerzas americanas en el órden siguiente.

Piezas de artillería.		*Hombres.*
	Un piquete de caballería de.	100
4	Cañones ligeros.—El general Worth con un cuepo de caballería con música, en todo.	1.320
2	Cañones.—Un cuerpo de infantería con música	560
2	Obuses	640
1	Mortero	
2	Cañones de á 24.	
	Un cuerpo de infantería con música.	
	Un cuerpo de infantería.	350
	Tres carros con soldados	480
2	Cañones.—Un cuerpo de infantería con un general.	
	Un cuerpo de infantería.	440
	Doscientos carros custodiados por	400
13	. . . . . TOTALES.	4.290

Las rarísimas figuras de algunos de los soldados, sus trenes, su artillería, sus corpulentos caballos, todo atrajo la curiosidad de la multitud, y en las boca-calles y plaza rodeó un inmenso pueblo á los nuevos conquistadores.—Estos, fatigados estremadamente, confiados en las garantías mútuas estipuladas por el ayuntamiento y el general Worth, ó quizá despreciando á un pueblo que tan fácilmente dejaba ocupar su territorio, miéntras encontraban alojamiento, formaron pabellones en la plaza, y unos se acostaron confiados á dormir profunda-

mente, y otros se desbandaron en las calles cercanas á beber pulque y á dar de abrazos á los léperos, de quienes parecian antiguos conocidos.

Sin duda alguna, mas de diez mil personas ocupaban las plazas y las boca-calles.—Un grito, un esfuerzo, el corazon de un hombre atrevido habria bastado. Una vez que esa multitud se hubiese estrechado, los enemigos habrian perecido indefectiblemente.—¡Nada se hizo! . . . . . .

CAPITULO XIII.

PRESIDENCIA DEL GENERAL

D. PEDRO MARIA ANAYA.

No sin vacilacion nos decidimos al fin á escribir el capítulo de que vamos á ocuparnos, porque entre los graves acontecimientos de que hasta ahora hemos procurado tratar, nos pareció éste en un principio desnudo de interes en lo relativo á los sucesos de la guerra, y porque como gran parte de los acontecimientos mas notables de la presidencia del Sr. Anaya los comprendieron necesariamente en su plan las personas encargadas de escribir otros capítulos, era hasta cierto punto redundante la tarea que nos íbamos á imponer.

Tres puntos, sin embargo, nos parecieron dignos de llamar la atencion; los tres comprendidos en el periodo de que por fin resolvimos ocupar á nuestros lectores: las disposiciones sobre que se defendiese ó no la capital, el término de la negociacion diplomática sobre la mediacion y buenos oficios que propuso el ministro inglés, y por último, la conducta observada por el congreso en estos dias, en que se discutió y aprobó la acta de reformas á la constitucion de 824.

Rápida será la ojeada que demos sobre estos acontecimientos, que sin ser estrepitosos como las batallas que hemos procurado describir, han sido de gran trascendencia; y decimos rápida, porque muchas de